1
NICOLE



No sé por qué aún sigo teniendo fe en los hombres.

Creo que ya debo rendirme, aceptar que todos son iguales, que no hay ni uno interesante.

A ver, no estoy diciendo que planeaba *casarme* con este chico… ¿Calum? ¿Colin? ¿Calvin? Ni siquiera recuerdo su nombre y literalmente está sentado frente a mí.

Pero pensé que al menos valdría la pena ponerme un bonito vestido, arreglarme y no quedarme durmiendo a pesar de que estoy exhausta.

El sujeto cuyo nombre empieza con C pero no recuerdo cuál es ha estado toda la maldita cita –y cuando digo toda, es *toda*– hablando de sí mismo, de su increíble trabajo con bitcoins y viendo hacia detrás de mí, donde hay una televisión en la que están pasando un partido de fútbol americano.

Bueno, eso cuando no está mirándome las tetas.

Estuve toda la tarde practicando en el estudio. Mis pies me duelen como si les hubiera pasado un camión por encima ida y

vuelta y, además, tuve la brillante idea de usar tacones. ¿Por qué? No lo sé.

¿Quizás porque en la foto de Tinder este tipo lucía más alto?

Si hubiera sabido que medíamos lo mismo, me habría puesto zapatillas y ahorrado este dolor. Ahora le llevo una cabeza y mis pies están torturándome.

–Es que la gente no lo entiende –continúa *Calumcolincalvin*–. Es como... ¡El futuro del dinero! Yo, por ejemplo, estoy metido desde hace años. Compré cuando estaba a dos mil dólares, y ahora mira dónde estoy… –Y blablabla.

Mi mente se pone en blanco. Siento que se me están quemando neuronas a medida que pasa el tiempo y yo sigo escuchando a este *crypto-boy* hablar.

Espero que, por lo menos, pague la cuenta. Soy de las que prefiere pagar a medias, siempre, pero esta vez no quiero perder dinero de la misma forma en que estoy perdiendo la paciencia.

–En fin, creo que ya es suficiente –dice finalmente. Sacudo la cabeza para salir de mi mente. ¿Dijo que ya es suficiente? Ay, Jesús, gracias–. ¿Nos vamos?

¿Irnos? ¿A dónde?

Bueno, la verdad, no me quejo. Saldría corriendo en este instante de no ser porque tengo tacones.

–Eh… –digo. Este es el primer momento de la cena en el que me permite hablar–. Sí –afirmo–, hay que pagar la cuenta.

–Bien –contesta y saca la billetera.

Llamo a una de las camareras, le pido la cuenta y ella regresa unos instantes después.

El reloj en la muñeca de mi cita brilla cuando toma el ticket moviendo la mano exageradamente, asegurándose de que vea su

accesorio de hombre-crypto-multimillonario. Es obvio que no es una pieza de lujo y que lo compró en una tienda de réplicas, pero se esfuerza demasiado por hacerme pensar que sí lo es.

Qué tierno.

Sí, de acuerdo, sin duda tengo que dejar de salir con sujetos de Tinder.

Extrae unos cuantos billetes y los coloca sobre el porta cuentas, debajo del clip de metal. Miro el dinero que ha dejado.

Es menos de la mitad del monto a pagar.

Observo a mi cita con el ceño fruncido. Él está completamente relajado con la vista puesta en la pantalla de su teléfono.

No puede ser. Me hará pagar mi parte.

Aguardo a que se dé cuenta de que estoy molesta y bastante indignada, pero él solo… está ahí, inmerso en su mundo de bitcoins en su celular.

Gruño entre dientes y busco dinero en mi bolso. Maldigo para mis adentros y *Calumcolincalvin* se sobresalta cuando apoyo los billetes sobre la mesa de un golpe seco.

–Genial –dice, sonriendo como si nada con los labios juntos–. Ahora… estaba pensando... –*Uf, milagro*–. Mi penthouse queda a unas calles. Vamos en mi vehículo y podemos pasar la noche allí.

Claro, ¿dónde más me llevaría si no?

Debí saber desde un inicio que iba a querer cogerme al final de la noche. Todos hacen lo mismo. Los hombres son de manual.

–Honestamente –digo, tratando de no gritar–, estoy muy cansada. Hoy tuve práctica de danza. Ah, porque sí, *soy bailarina*, por si te interesa saber, y estoy intentando entrar a una academia prestigiosísima llamada Academia Sterling. Y para eso debo practicar, ¿no? Lógico. Quizás podría habértelo contado si me dejabas hablar.

Calumcolincalvin se queda mirándome con ojos grandes y cara de que estoy hablando en mandarín.

–Entonces, ¿no quieres ir? –consulta, confundido.

Ah, y también vuelve a mirarme las tetas.

Me restriego el rostro y suspiro de hastío.

Ya lo decidí: voy a desinstalar Tinder.

–No, gracias –sonrío falsamente–, prefiero dormir en mi cama esta noche.

Se encoge de hombros y se levanta de la silla. Lo sigo a la salida del restaurante y busco su auto para que me lleve a mi departamento. Lo bloquearé de todos lados apenas llegue.

El viento de una primavera que ya está por irse golpea mi rostro y disfruto de la brisa, tomando aire y tratando de recibir la calma que este sujeto me arrebató durante toda la cena.

–¿Tu auto está…?

–Okey, nos vemos –interrumpe y me da un beso en la mejilla.

Lo que me faltaba. Que me dejara a pie.

–Ah, creí que ibas a… –No termino la oración porque probablemente vaya a estallar si lo hago.

–Pero viniste en uber –dice como un idiota.

–Sí, pero no eran las once de la noche.

–Los ubers son seguros. No sé por qué las mujeres son tan paranoicas hoy en día. –Suelta una carcajada y niega con la cabeza.

No, Nicole, por mucho que quieras, no puedes darle una patada en los huevos con tu tacón de aguja.

Cuento mentalmente hasta diez y, repitiendo el "inhala y exhala" de mi app de meditación, termino diciendo:

–Sí, tienes razón. Iré en uber. Que tengas una buena noche.

Idiota, agrego para mí misma.

Me largo antes de que diga otra estupidez y que el impulso de darle un puntapié en los testículos sea menos soportable.

Camino hacia una acera más iluminada y desbloqueo mi teléfono. Presiono la pantalla con más fuerza de la necesaria y entro a la app de Uber.

–"Sí, Nicole, solo pídete un Uber a las once de la noche" –digo con voz aguda e irónica–. "Por cierto, ¡buenas tetas!".

Agh.

El vehículo llega unos minutos después. Un señor canoso y simpático me recibe dentro, me saluda cálidamente como haría un abuelito con su nieta y emprendemos rumbo hacia el departamento que comparto con Ashley.

Nos hemos mudado juntas hace poco más de un año y, debo decir, fue la mejor decisión que podríamos haber tomado. Hemos tenido incontables noches de *romcoms*, karaoke y helado. Simples placeres de la vida. Y, además, me recuerda buenos años: cuando viví un tiempo con ella a los dieciocho, después de irme de la casa de mis padres.

La única regla que impusimos es no llevar a nuestros novios, novias o ligues para coger cuando la otra está presente. Es algo obvio, por supuesto. Sería demasiado incómodo que yo esté ahí, en el living, y escuchar los gemidos de mi mejor amiga desde su habitación.

Ash está en algo con Mason, un muchacho que conoció una noche en la que salimos juntas y, sí, a veces llego y ambos están allí. Pero, por suerte, jamás los he encontrado con poca ropa.

El uber aparca en la calle frente a mi edificio y le doy un poco más del dinero requerido. No lo sé, solo me gustó su energía. El señor me agradece y le deseo una buena noche. Él hace lo mismo.

Entro al iluminado vestíbulo tronándome el cuello y, sin pensarlo dos veces, me quito los zapatos. *Dios, mis pies son dos salchichas*. Necesito darles un descanso de… todo. De la vida. Pobrecitos.

Como me prometí a mí misma, bloqueo el contacto de… Calvin, ese es el nombre que tengo agendado, y desinstalo Tinder después de meses pensando en hacerlo.

Sin duda es una pérdida de tiempo. A veces me pregunto si los hombres de esta app son realmente humanos o si son solo avatares creados por un algoritmo que quiere reírse de mí.

Ni hablar de que siempre buscan lo mismo: sexo y nada más. ¿Un poco de conversación? Ni siquiera se les ocurre.

¿Tan difícil es encontrar a alguien que no solo quiera usarme como una muñeca inflable?

Me froto el pecho, tratando de ahuyentar esa sensación pesada que aparece cada vez que pienso en lo fácil que es para ellos ver a las mujeres como simples objetos.

A ti te ven como un simple objeto, me susurra la vocecita en mi mente.

Agito la cabeza. Trato de despejar ese pensamiento habitual que nunca quiere irse.

El ascensor no me hace esperar y subo hasta el quinto piso, donde se encuentra mi departamento. Abro la puerta con un suspiro de alivio.

–¡Ya lo acepté! –entro gritando al aire, esperando que Ashley me oiga–. ¡Tengo un imán para los imbéc…!

Cierro la boca de inmediato y me clavo al suelo cuando lo veo.

Sus ojos avellana se encuentran con los míos.

Mi boca se abre.

Mi mente se queda en blanco.

Y él suelta un suspiro pesado.

No puede ser.

No puede ser.

¿Qué…?

¿Qué carajos hace Alex Hawthorne aquí?

–Por supuesto que ella es tu *roomie* –le dice Alex a Ashley con la peor de las caras, tirando la cabeza hacia atrás.

Mi mejor amiga me mira, mira a su hermano, y sonríe con nerviosismo.

Estoy abriendo y cerrando la boca como idiota hasta que veo dos valijas al lado del sofá.

No.

No.

No.

No puede ser.

Alex ha regresado de Londres.

Alex ha regresado después de dos años.

Y está aquí.

En mi departamento.

–¿Qué…? –digo, totalmente estupefacta–. ¿Qué hace él aquí? ¿Cuándo volvió?

–Vamos, tú puedes responder a esa –suelta Alex con sarcasmo, y señala las valijas–. No es tan difícil.

–Por Dios, ni siquiera te estaba hablando a ti –gruño, acercándome a mi mejor amiga en menos de un segundo–. Por favor, no me digas que…

–Se quedará con nosotras.

Me congelo por un instante.

–No –exclamo cuando reacciono–. No. No. No. Ay, Ash, si te

hice algo, si me odias por alguna razón, juro que me disculpo de todo corazón. Haré lo que quieras. Te compraré helado de menta granizada todos los días. Te…

Me callo cuando oigo una leve risa de parte de Alex. ¿En estos dos años aprendió a reírse? Hasta donde yo recuerdo, este tipo no usaba nunca los músculos de su boca.

El idiota niega con la cabeza.

–Nicky –me habla Ash y vuelvo a mirarla–, será solo por seis meses. Incluso menos. Viene de visita y luego volverá a irse.

–¿Y no puede quedarse en otro sitio? No lo sé, que alquile un penthouse, o que se compre una mansión, o tres mansiones, o todo Los Ángeles si quiere, menos este departamento. Gana miles de dólares por minuto…

–Nicks –me interrumpe, tomándome de los hombros y clavando sus ojos azules en los míos–. Yo soy la que quiere que se quede, ¿sí? Por favor. Es mi hermano y lo he extrañado muchísimo. Me encantaría tenerlo cerca después de todo este tiempo.

Esto no me puede estar pasando.

Bufo y maldigo entre dientes. Estoy teniendo una lucha interna entre ser una buena amiga o convertirme en la perra del siglo.

No quiero que Alex se quede. Mierda, de verdad no quiero que se quede.

Es un idiota. Es el ser humano más *insufrible* que ha pisado la Tierra. Jamás, desde que lo conozco, nos hemos llevado bien.

Nuestra enemistad comenzó la primera vez que fui a casa de Ashley, cuando yo tenía once y él dieciséis. Ash y yo estábamos jugando a peinarnos y maquillarnos en la cocina, y este *simio* llegó de su práctica de fútbol americano y, con su bolso gigante, tiró *todos* mis maquillajes al suelo. Yo me largué a llorar. Eran nuevos, y me encantaban.

No me pidió perdón. En su lugar, dijo algo estúpido como: "Pero ¿qué hacen molestando aquí, en el medio de la cocina? Tengo hambre. Hunga, hunga". Bueno, lo último lo agregué yo. Pero así sonó, lo juro.

No recuerdo bien qué le dije, pero no es difícil saber que fue de todo menos "lindo". Él me daba respuestas sarcásticas y se reía de mí como si lo que le estuviera diciendo fuera lo menos importante que había escuchado en su vida.

Desde entonces, nunca pudimos permanecer juntos por más de diez minutos sin que él dijera algo que me sacara de quicio, yo lo contradijera y termináramos insultándonos el uno al otro.

Este hombre es un dolor de cabeza.

Pero Ashley es mi mejor amiga. Y de verdad le debo miles.

Aprieto los puños y me arde la garganta cuando finalmente digo:

–Bien, okey, de acuerdo. –Voy a arrepentirme de esto, estoy segura–. Que… que se quede.

Mi mejor amiga sonríe y me abraza.

–¡Gracias! –exclama emocionada, sosteniéndome con fuerza. Entonces, deja de abrazarme y me gira hacia Alex–. Ahora, por favor, salúdense como dos personas civilizadas.

Su hermano la mira y luego a mí. Ruedo los ojos y dejo escapar un largo suspiro.

Este momento es desagradable para ambos.

Por un instante, ninguno dice nada. Ninguno quiere ser el primero en hablar porque eso significaría dejar el orgullo de lado. Y ambos somos orgullosos. Demasiado orgullosos.

Esa es una de las razones por las que siempre nos hemos repelido, entre otras mil y una.

Los ojos de Alex se clavan en los míos y sus párpados se

entrecierran ligeramente. ¿Acaso cree que esa mirada va a intimidarme? Por favor, es casi cómico. Esa expresión de "soy un tipo duro" es tan patética que podría reírme en su cara.

Una caja de cereal es mucho más intimidante que él.

Mientras seguimos en silencio, me tomo unos segundos para analizarlo.

Me quema pensar que los treinta y uno le han pegado increíblemente bien.

Lleva una barba bien recortada que no tenía hace dos años. Y sí, me cuesta admitir que le queda bien. Soy la mayor *hater* de la barba en los hombres, pero a Alex… le sienta. Le da un toque maduro, como de un tipo que ha estado ocupado siendo exitoso.

Por primera vez en mi vida, estoy diciendo que hay algo en Alex Hawthorne que no detesto. Menos mal que nadie puede oír lo que pienso.

Dios, y esa camisa negra… resalta todo lo que cualquier mujer desea ver. Parece que la eligió a propósito, solo para presumir esos brazos de puro gimnasio.

Una corbata, también negra, adorna el cuello de su camisa. No recuerdo un día en el que este hombre no vistiera todo de negro. Es como un intento de *chico malo* versión hombre de negocios. Su cabello castaño claro está sutilmente despeinado y tiene unas ojeras enormes que, en lugar de hacerlo ver desastroso… sorpresivamente van con su estilo.

Aunque parece que ser el CEO de Harborstone Consulting, una de las firmas de consultoría más prestigiosas del mundo, es un trabajo bastante estresante. Tal vez debería compadecerlo, pero es lo último que me apetece hacer.

Alex desvía la vista hacia el techo y niega, irónico. Luego, vuelve a mirarme, se aclara la voz e inclina la cabeza.

–Hola, Nicole –suelta al fin.

No puedo creer que haya hablado primero.

Me resulta hasta extraño escuchar mi nombre salir de sus labios después de tanto tiempo sin vernos ni hablarnos. Porque, no, por supuesto que no hemos tenido ni un mínimo contacto estos últimos dos años.

Es más, cuando supe que se iría, casi me monto la fiesta del año.

–Hola, Alex.

Una sonrisa altiva tira de sus labios.

–No has cambiado… –Me mira de arriba abajo, y alza las cejas–. *Nada*.

Ni siquiera hace falta que diga que eso es todo, menos un cumplido.

–Sabes, tú sí has cambiado… –comento, acercándome un poco más a él. Levanto la cabeza para verlo directamente a los ojos–. Antes estos –aprieto uno de sus bíceps– eran *un poquito* más grandes.

Él tensa la mandíbula y lanza aire de las fosas nasales.

Okey, lo confieso: lo que acabo de decir es una mentira monumental.

Jamás he soportado a Alex, pero tengo que admitir que ese cuerpo está incluso más sexy que la última vez que lo vi. No me haré la tonta y tampoco voy a mentir: esos bíceps y esos hombros anchísimos sí me han hecho fantasear algunas veces.

Solo me gustaría que no vinieran pegados a un idiota como Alex Hawthorne.

–Si querías tocarlos, solo tenías que pedirlo –contesta con una seguridad que me enerva.

Trago saliva con dificultad y, aunque sigo intentando fulminarlo con la mirada…, un escalofrío recorre mi espalda.

–*Agh*.

Me alejo de él y me giro hacia Ashley. Mi mejor amiga se rasca la nuca y se aclara la voz.

–Tienes suerte de que te ame con todo lo que soy –le digo en un suspiro cansado.

–Nicky…

Mis ojos se desvían una última vez a Alex al sentir su mirada en mi nuca. Le enseño el dedo medio y le regalo la peor de mis caras. Él coloca su labio inferior entre los dientes.

Me dirijo a mi habitación con pasos fuertes y cierro la puerta de un portazo.

Carajo.

Estos serán los seis meses más largos de mi vida.